

# La barda y el llano

## Testimonios sobre el poniente de la Ciudad de México

---

LEOPOLDO LEZAMA

---

Para Ofelia López, por los muchos dolores.

*El caso es que de estos rumbos nadie habla. Hasta los años cincuenta aquí estaba deshabitado por completo. La vida llegaba hasta el mercado de Mixcoac y de ahí hacia arriba eran puros cerros, nada había que hacer por aquí salvo ver los cadáveres de los locos del Manicomio General que se escapaban para venirse a morir a las barrancas.*

Pedro Lezama Castillo

**Leopoldo Lezama Chagoya**  
**Las Águilas**

Nací en 1954 en la colonia Las Águilas, el año en que Juan Rulfo escribió su *Pedro Páramo* y en la radio se comenzaban a escuchar las primeras canciones de rock and roll. Entonces no había edificios, ni centros comerciales, ni avenidas, ni siquiera estaba pavimentado. Toda esta zona eran llanos donde podías ver pastar animales porque las tierras no estaban delimitadas. Sólo la gente adinerada tenía televisión, entonces al atardecer nos sentábamos alrededor de la radio a escuchar *El Risómetro Bimbo* con Pepe Ruiz Vélez, *Kalimán el hombre increíble* y su inseparable amigo Solín. Y estaban los más emocionantes, *Chucho el Roto*, *Porfirio Cadena el Ojo de Vidrio* y una radionovela policiaca, *Ricardo Lacroix*, que hacía Arturo de Córdova y su secretaria Margot, a quien le gritaba “¡Dispare, Margot, dispare!”, cuando estaban en peligro. Las mujeres escuchaban *La vida de Anita Montemayor*, escrita por Pérez Vizcaíno, un primo de Rulfo, por cierto. De manera que a las ocho de la noche ya no había nada que hacer, las calles estaban oscuras y la planicie de la Ciudad de México se iluminaba con la luz de la luna: la colonia Del Valle, la Nápoles, la Roma, y hacia el sur San Ángel y Tlalpan. Todo se veía desde aquí porque no había contaminación. Las estufas eran de petróleo, igual que los quinqués, y por eso había muchas petrolerías. Todo eso ya se acabó. Al anoecer el Centro se veía como un enjambre de luz donde se concentraba el movimiento de la ciudad. Porque para acá eran llanos y ríos. Fue un tiempo en que la ciudad era campo y metrópoli a la vez. La gente iba al Centro o a Tacu-

baya a comprar ropa y electrodomésticos, pero cruzando Avenida Revolución escaseaban las casas, cada vez más, hasta quedar unas pocas acá arriba, donde hemos vivido los últimos sesenta años. Porque más o menos esa es la edad de estas colonias, sesenta años. Nada, si tomamos en cuenta que el Centro está poblado hace ochocientos años.

**Ofelia López Guzmán**  
**San Juan Mixcoac**

Yo nací el 16 de marzo de 1933 en San Juan Mixcoac. Mi abuela compró el terreno por cien pesos y decidió que nos quedaríamos a vivir ahí. San Juan era un lugar muy bonito lleno de grandes casonas repartidas entre las avenidas Revolución e Insurgentes. Estaba la Parroquia de San Juan Evangelista y enfrente la casa de Valentín Gómez Farías. Donde ahora está la Plaza México antes había hornos de tabiques, era una zona de ladrilleras. Había agujeros inmensos donde cocían los ladrillos. Después rellenaron para construir la plaza de toros y el estadio de fútbol. Más allá eran llanos de alfalfa. En la esquina de mi calle, Pablo Ucello, había una fábrica de canicas de piedra donde nos gustaba ir a enmugrarnos.

Yo entré a trabajar muy joven a una fábrica de cubos para consomé de pollo llamada Empacadora Rico, que estaba enfrente de donde vivíamos. Era una fábrica con un jardín a la entrada, un tostador y un molino de chiles, un cuarto para hacer mermeladas y otro para poner a secar los cubos de pollo. Hice mucho trabajo duro, limpiar orégano y chiles, y después me pusieron en las máquinas empacadoras. Ahí trabajábamos muchas mujeres. Eso fue en 1949. Los dueños eran alemanes, el señor y la señora Zensez, quienes nos decían todo el tiempo que “éramos una familia”. Claro, tan familia éramos que se robaron nuestro terreno. La señora habló con mi abuela para pedirle que le vendiera una parte: “¡Albina, soy muy católica, téngame confianza!”, le dijo. Y mi abuela que no tenía papeles recibió 20 mil pesos por la mitad, pero poco después llegaron unos abogados para decirnos que ya no era nuestro territorio, que estábamos invadiendo la propiedad de los señores Zensez. Nada más le dejaron un cuartito a mi abuela y ahí vivió, hasta que un día llegaron a correrla. Eso era muy común antes, porque las fábricas y comercios pequeños luego se convirtieron en empresas y necesitaban terrenos.

En la fábrica había un equipo de *basketball* y ahí conocí a Fernando Contreras, mi esposo y padre de mis hijos. Él se peleó con todos para alejarlos de mí, y un día me pidió que si

quería ser su novia y le dije que sí. Tuvo que ir a hablar a mi casa para informarles que éramos novios; lo maltrataron mucho pero terminaron aceptándolo. Así era antes: tenías que convencer a toda la familia. Los domingos nos íbamos al Parque Hundido a andar en bicicleta, porque se podía andar en bicicleta por todo Insurgentes. Había muy pocas casas por ahí. A mi abuelo lo enterraron en la iglesia de San Lorenzo, enfrente del Parque Hundido. Él era un revolucionario zapatista. Y yo iba de niña a ver su sepulcro y ahí se leía su nombre: Emilio Guzmán. Esa tumba ya no existe.

En ese tiempo terminaron de construir Ciudad Universitaria y un domingo fuimos a verla antes de que la inauguraran. Nos sentamos en una loma a observar los edificios nuevos. Y Fernando me dijo: “Qué bonito hubiera sido haber estudiado aquí”.

### **Silvia Contreras** **El Callejón del Diablo**

Nací el 16 de agosto de 1956 en el hospital de Gabriel Mancera y viví en la calle de Pablo Ucello número 5, en San Juan Mixcoac. Ahí pasé toda mi infancia. Soy hija de Fernando Contreras Miranda y de Ofelia López Guzmán. Éramos cuatro hermanos, Fernando, Jorge, Juan Carlos y yo, la mayor. Fue una infancia bonita donde jugábamos cosas de esa época: balero, trompo, canicas, rayuela. Yo era buena en el box y le pegaba a mis hermanos. Fui en la primaria Independencia que está en la colonia Mixcoac, una escuela de niñas muy tradicional y muy estricta. Era una primaria grande que abarcaba lo que hoy es el Colegio Simón Bolívar. Los jardines eran extensos, los salones viejos y el nivel académico era bastante bueno porque desde los primeros años tenías que saber leer y escribir. Mis hermanos iban en una escuela de puros hombres, la Paraguay, igual de severa. Yo era muy exhibicionista. Me subía a las mesas a bailar y cantar para que todos me vieran. Entonces me castigaban, el director era un energúmeno y me llevaba a la comandancia de policía que estaba a un lado de la escuela. ¿Tú crees? Pero a mí me gustaba que me llevaran a la comandancia porque los policías me dejaban usar las máquinas de escribir, unas Remington muy bonitas. Entonces mi mamá llegaba por mí y me encontraba trepada en los escritorios cantándole a los policías. Eso sucedía muy a menudo. En la Independencia nos ensañaban a bordar, a tejer y también había una parte de cocina que luego quitaron. De la escuela a mi casa eran quince minutos caminando. La primaria estaba en la calle Campana y había un callejón que le decían el Callejón del Diablo, que para nosotros era terrorífico porque los maestros contaban que ahí se aparecía el demonio. Todavía está, es el paso de la calle Campana a Río Mixcoac. Los uniformes eran impecables, al llegar a la casa tenía que quitarme la ropa y colgarla porque al otro día nos revisaban como si fuera un cuartel militar.

Cerca de la parroquia, que ahora es la Universidad Panamericana, había unos juegos y ahí me llevaba mi mamá al salir de la escuela. Eran colonias chicas, las mamás de las niñas eran de todas las clases sociales, vecinas ricas de San Juan y señoras que trabajaban en el mercado de Mixcoac. Nos gustaba pasar al Convento de la Visitación a comprar recortes de hostias. Comprábamos veinte centavos, porque en esa época se usaban los centavos. El tren costaba diez centavos; después, en los

setenta ya subió a treinta. Fue una época donde no había peligro, nos podíamos venir los niños caminando de la escuela a nuestras casas sin mayores contratiempos. Había una pequeña biblioteca llamada José Rosas Moreno en la calle de Auguste Rodin que tenía muchos libros para niños. Ponías tu nombre en una tarjeta y te prestaban los libros. En la parroquia de San Juan Evangelista se casó mi mamá y también me casé yo. Aún no existían las grandes tiendas comerciales; comprábamos la verdura, la carne, la fruta, en el mercado de Mixcoac. En la calle Holbein había una señora que hacía tortillas a mano, y ahí íbamos mis hermanos y yo. Imagínate que nos teníamos que formar a un lado de un comal gigantesco donde varias señoras manoteaban la masa. Ésas eran las tortillerías. En la esquina de San Antonio y Patriotismo había un establo y ahí iba mi mamá por la leche. Leche de vaca, no como la de ahora. ¡Un establo! Pues sí, eso fue hace más de cincuenta años. También había señores que pasaban muy temprano a dejar botellas de leche en la puerta de tu casa. En el Centro se compraba la ropa, los zapatos, las telas para los vestidos. Eran los sesenta, y mi mamá me hacía mis vestidos psicodélicos. Yo era una niña hippie. Me cortaba el pelo como los Beatles. Me gustaba andar a la moda. Era la chaperona de mis tíos porque como en esa época las novias no podían salir solas, a mí me llevaban a todas partes, a los cafés cantantes, a los salones de baile, a las loncherías. Se hacía la fiesta del doce de diciembre y a todos los niños nos ponían a pedir dinero para las flores de la iglesia. Crecer en Mixcoac fue lo más bonito que me pudo haber pasado. Más allá estaba el famoso manicomio, pero yo nunca me acerqué porque decían que ahí era el verdadero callejón del diablo.

### **Leopoldo Lezama Chagoya** **La barda**

Hace todavía 20 años este lugar guardaba grandes extensiones de campo por los pueblos de Santa Lucía, Santa Rosa, San Mateo y el Camino al Desierto de los Leones. Aún quedaba un pulmón importante. Pero todo se arruinó cuando a los nuevos ricos que ya no cabían allá abajo, se les ocurrió convertir el basurero de Santa Fe en una zona comercial. Entonces llegó el tráfico y la paz de estas colonias se fue para siempre. Cortaron los cerros para comunicar el sur con el poniente, desde Avenida Toluca y San Jerónimo hasta la nueva ciudad. ¿Qué ironía no? Que un gran basurero sea ahora una zona opulenta llena de industria, oficinas carísimas, universidades particulares, mega comercios. Tú le preguntas a un chavo de la Ibero o del Tec y no tienen ni idea. Pero como todo en la Ciudad de México, si escarbas, encuentras muchas cicatrices.

En los cincuenta, como aún no teníamos drenaje, había un tanque y ahí íbamos a hacer cola por el agua. Te daban un turno y había que ir temprano porque sólo se podía cierta cantidad. Pero a veces no venían las pipas y teníamos que bajar a Merced Gómez donde había otro tanque, muy cerca de la actual Preparatoria 8. Ahí estaba la barda, enorme. O por lo menos yo la veía enorme. Estaba hecha de piedra volcánica y daba miedo estar cerca porque yo pensaba que aparecería algún loco y se brincaría. Eso se decía, que los locos se brincaban la barda y se escapaban. Había muchas historias como aquella del loco que se había metido a una casa a robarse un niño. Y acá en las barrancas vivía uno que se llamaba Ramón.



Dibujo de Fernando Lezama

Le decíamos Ramón el loco. Vivía en una cueva, porque toda esta zona estaba llena de cuevas, y la de Ramón tenía nada más un colchón viejo y una olla. De noche se veía la lucecita de una fogata y era que Ramón el loco estaba calentando agua. Los niños lo íbamos a molestar, le aventábamos cuetes y el loco salía furioso a perseguirnos. La gente mayor decía que se había escapado de allá abajo y que de vez en cuando subían los vigilantes preguntando por un señor güero de barba larga. Entonces daba miedo que te metieran allá, las mamás decían cosas como “ya estate quieto o te voy a echar atrás de la barda”. Todos sabían que a los internos los trataban muy mal, los golpeaban y experimentaban con ellos. Decían que muchos no eran locos sino indigentes, personas muy pobres que iban a dar al manicomio. De ahí salían puras historias oscuras y por eso no quisieron dejar registro. No hay una sola placa, nada que recuerde qué hubo ahí. Sólo historias.

### **Ofelia López** **El Manicomio General**

Mi papá iba mucho a La Castañeda con un señor que se llamaba Enrique, un francés jubilado que ayudaba en la cocina. Entonces yo acompañaba a mi papá. De San Juan había que caminar hacia el edificio que estaba un poco antes de Periférico, que todavía no lo construían. Desde el mercado de Mixcoac ya se veía. A un lado pasaba un río y ahí cerca empezaban las escaleras. La fachada se veía como una iglesia y tenía una campana hasta arriba. Adelante había oficinas, estaba la enfermería y la cocina. Unas oficinas viejas, muy altas. Todo se encontraba en la parte de enfrente, porque para atrás era puro llano. El día que yo entré tenían apartados a dos internos que se habían peleado. Era la cosa más triste porque uno le había

arrancado una oreja al otro de una mordida. Había médicos atendiendo en medio del griterío. Y es que los locos andaban sueltos en un patio que llamaban el pabellón central. Por la barda se podía uno asomar hacia adentro por unos hoyos. Así vi cómo los ponían a arar la tierra y a sembrar verduras. Daba tristeza. La barda estaba exactamente a la altura del mercado de Mixcoac y continuaba hacia arriba, hasta donde ahora han hecho unos puentes que comunican San Antonio con Las Águilas. Era una barda gigante, gigante.

Y ahí un día me fui yo sola porque escuché que en esa barda habían fusilado a mi abuelo, que era zapatista. En esa barda del manicomio fusilaron a dieciocho, entre ellos a mi abuelo. Uno que era de acá de San Juan se quiso brincar la barda y al treparse lo mataron. Dicen que todavía alcanzó a gritar ¡Viva Zapata! Yo conservo el periódico por ahí. Después empezaron a hacer tiradero. Dijeron que iban a quitar el manicomio y a trasladar a todos los enfermos.

Entonces hicieron los edificios de Plateros, ahí en ese mismo espacio.

### **Hernán García** **Unidad Habitacional Lomas de Plateros**

Se rumoró que derrumbarían el manicomio, ya habían empezado mucho antes, por el 62 o 63, porque en el 65 ya estaba la preparatoria y la unidad habitacional diseñada por Mario Pani. Para 1968, antes de las Olimpiadas, terminaron de tirarlo y trasladaron a los enfermos a otros sanatorios, al Ramírez Moreno, al Adolfo M. Nieto, allá en el Estado de México. Entonces Teodoro González de León construyó Torres de Mixcoac en la mera orilla del Periférico, el centro comercial y un parque. Todo eso abarcaba el manicomio. De hecho, los

que compramos aquí lo hicimos con reservas, porque se contaban muchas cosas, y hasta la fecha sí hay un aire raro. Porque si te das cuenta, estos pinos grandes son de aquellos años y las piedras de contención que bordean la unidad son las mismas piedras del sanatorio. El trazado de los edificios, los pasillos al interior de la unidad conservan la forma de los pabellones antiguos. Yo alguna vez vi fotos. Y la luna, ¿sí te has dado cuenta cómo son los anocheceres aquí? Si tú caminas por estos pasillos oscuros sabrás de qué te hablo. Hay una nostalgia, un algo que tiene que ver con mucha soledad. Ya ves el muchacho enfermito que se quedó encerrado cuando su papá se murió. ¿Lo recuerdas?

**Fernando Lezama**

**Preparatoria Miguel E. Schulz número 8**

Entré a la Prepa 8 en el 2006, hace 11 años. Había un conserje muy viejo que nos platicaba cómo era ahí antes. Decía que el patio central era un pabellón de reposo y que en la parte del auditorio mojaban a los internos. Y es que todo aquel que haya vivido durante el último siglo por Mixcocac, Tacubaya o Las Águilas, va a tener una historia relacionada con el manicomio. Y sí, ese lugar tiene una vibra rara. Tú entras a los lugares más oscuros como el teatro, los vestidores de fútbol americano, la biblioteca y se siente una vibra de que aquí pasó algo. Es una sensación. Hay como muchos puntos oscuros aunque todo está iluminado, no sé si me explico. No es como ir a una construcción nueva. Cuando pisas el auditorio, por ejemplo, es como ir a un anfiteatro viejo. Las bardas están hechas de las mismas piedras. La que está hasta al fondo de la prepa es de hace medio siglo. Es una barda muy alta porque acuérdate que los locos se escapaban y se iban a morir a los cerros. Y el auditorio son dos construcciones, la planta alta y un desnivel oculto donde practican los de teatro. El conserje nos contaba que en esa como bóveda encerraban a los locos. No sé si lo decía para espantar o para que nos interesáramos por la historia, pero sabía lugares de dónde estaba cada cosa. Decía que en los salones de dibujo y de griego estuvieron los locos peligrosos. Habría que estudiar bien eso porque se cuentan muchas historias. Es común que en el turno de la tarde llegara alguien asustado de que oyó gritos, o que golpeaban rejas. O algunos maestros que se quedaban a calificar en la noche nos platicaban que oían cadenzas. Un profesor me contó que una noche que se quedó revisando trabajos escuchó gritos de una mujer en el salón contiguo y hasta creyó que estaban agrediendo a una alumna. Pero cuando corrió a ver no había nadie. Cosas así.

Recordemos que era un manicomio. Y el método científico tiene bastantes fisuras. Las prácticas para supuestamente curar a un enfermo mental eran más una represión, una tortura. Mojarlos, golpearlos, electroshocks, experimentos con medicamentos y procedimientos muy agresivos. Los estudios que he visto del sanatorio son sociológicos, informes clínicos, económicos, o narran los esfuerzos positivistas de Porfirio Díaz de “modernizar” nuestra medicina. Pero crónicas de adentro no hay. No hay una historia oral de La Castañeda. Entonces desconocemos muchas cosas. ¿Cuántos murieron? ¿Cuántos y qué tipo de horrores y negligencias se cometieron? ¿Cuántos de verdad estaban locos? El oficialismo no te dirá la verdad. El profesor Carvajal de la UAM intentó recuperar algo de la vida

de adentro allá por el año 2000, buscó a muchos exinternos dispersos en otros manicomios y encontró como a cincuenta. Pero es apenas una muestra. El conserje de la prepa decía que muchos que estaban encerrados eran gente de provincia que se venía a la capital, y la urbe se los tragaba, los destruía y los orillaba a la indigencia. Entonces los encerraban. Pero su enfermedad era el hambre.

**Leopoldo E. Lezama**

**Unidad Habitacional Lomas de Plateros**

Éste es un lugar extraño. Las lunas son las más grandes y las más hermosas que se pueden ver en toda la ciudad. Hay un tono melancólico en los atardeceres. Los árboles son muy altos y muy viejos, los pasillos de los edificios son fríos y penumbrosos, como si estuviéramos en el campo. Es un lugar de claroscuros porque el amanecer da con toda su fuerza en las ventanas de los departamentos altos, pero las sombras llegan pronto; a las cinco de la tarde ya se percibe un ambiente lúgubre. La unidad tiene una estructura laberíntica, hay pasillos que llevan a ninguna parte o que rodean los edificios y te devuelven al mismo lugar. Yo sufro de los nervios, pero de eso hablaré en otro momento. Ahora diré que hay muchos desniveles y gigantescos muros de contención de piedra volcánica que dan la sensación de habitar un inmueble moderno con pies prehispánicos. Juegos para niños abandonados, escalones ocultos que llevan al sistema eléctrico y el alcantarillado. Jardines perdidos con la hierba crecida desperdigados por todas partes.

En estos edificios hay muchas palomas. Las oyes zurear en la noche y picar en las ventanas. En los techos hacen sus nidos y por eso es común ver pequeños huevos en la entrada de los edificios. Las palomas se asoman por las ventanas y a veces se quedan dormidas en las cornisas. A una vecina muy anciana no le gustan porque dice que son mensajeras de la muerte.

\*

Mi vecino de abajo, don Julián, tendrá ochenta años, vive con su hijo Juanito que tiene una discapacidad mental y andará por los cuarenta. Están solos, no tienen a nadie más. A veces he platicado con él y me confiesa su angustia de que no sabe qué hará con Juanito cuando ya no esté. Dice que tiene unas sobrinas en el Estado de México, pero nunca las ve. Me cuenta que se siente cansado y que ya le cuesta mucho trabajo ir por las medicinas de Juanito y por cualquier cosa.

\*

Una noche se escucharon gritos que llegaban de abajo, gritos ilegibles más parecidos a balbuceos lastimosos. Era Juanito que se acercaba a la puerta y se alejaba, como recorriendo el departamento. Así duró toda la noche. Yo me fui a trabajar, y regresé como a las cuatro de la tarde y todavía se escuchaban los gritos en la puerta. Por la tarde se calmó todo, pero por la madrugada otra vez los gritos. Al otro día me dijo la portera que a don Julián le había dado un infarto y estaba en el hospital. Y Juanito se había quedado solo. Como ella tiene llaves entró a darle de comer. Pero don Julián murió pocos días después. Todo ese tiempo Juanito estuvo llorando en la puerta,

cada vez con menos fuerza. Porque esos gritos eran llanto. El llanto de un enfermo.

Vinieron de una institución federal y se lo llevaron. Entonces gritó más fuerte, forcejeó de una forma muy triste. Todos los vecinos salieron a ver qué ocurría. Fue un momento doloroso. Unos meses después la portera me contó que Juanito había muerto. Yo tengo alucinaciones, casi no duermo, el medicamento que tomo todos los días reduce las visiones y los zumbidos. Pero de eso no hablaré. A veces, cuando por fin me estoy quedando dormido, entre el ensueño y el arrullo de las palomas, tengo la sensación de que Juanito sigue gritando la ausencia de su padre.

\*

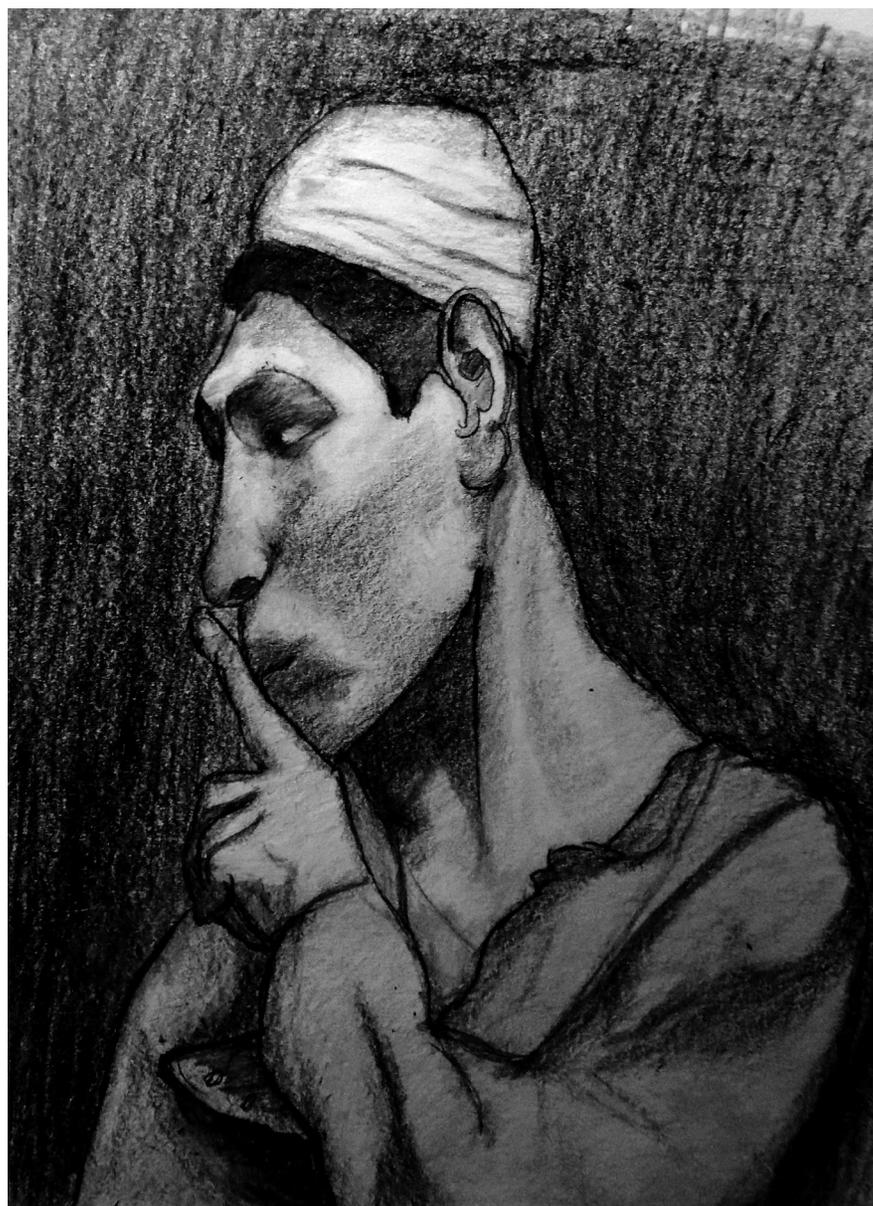
Quizás por azar o por destino, aquí he experimentado los sentimientos más intensos, las visiones más violentas y definitivas. Una vez soñé, o pensé que todo el mundo estaba aquí, delimitado por el borde de la unidad, y que pasando los muros estaba el abismo. Entonces no salía, me daba terror. Pero eso mismo se siente todos los días. Vivir aquí significa quedarse para siempre, de alguna manera. Mi vecino don Hernán que ha estado aquí desde que construyeron la unidad, dice que un

día nos daremos cuenta de que no es casual que vivamos aquí. Lo dice con ironía, porque en la unidad pasan muchas cosas, historias de mucho sufrimiento. Pero un sufrimiento retardado. Como si estuviéramos pagando algo por una razón que desconocemos. Yo a veces no siento el cuerpo, se me entumen las manos y se me ponen frías, pero de eso no voy a hablar ahora.

### **Pedro Lezama Castillo**

Claro que me acuerdo del dichoso manicomio. Ahí llevé yo a mucha gente en el taxi, prostitutas, borrachos o locos que sus familias se querían deshacer de ellos. Porque una vez que pisaban ese lugar difícilmente salían. Era como una forma de desaparecerlos. Ese era el “sanatorio” que decían. Una vez a un muchacho muy bravo lo tuve que meter a fuerzas. Lo tiré al suelo y lo arrastré hasta la entrada. Ahí lo recibieron los guardias. No quería entrar, ya sabía lo que le esperaba. Ya te imaginarás cómo lo metieron. Es México, amigo, qué le vamos a hacer.

Unidad Habitacional Lomas de Plateros  
Agosto, 2017



Dibujo de Fernando Lezama